

La conciencia como representación o registro... y “el yo” como mirada

Néstor Tato

La conciencia como conciencia-de implica:

1) aquello de lo que se es conciente

2) aquello que es conciente de algo.

De esto puede derivar que esto último pueda ser conciente de que es conciente y en ese caso:

3) aquéllo que es conciente, es representado en el modo de objeto para su conocimiento, en cuyo caso deja de ser lo que es conciente (percibido) para ser representación

4) aquéllo que es conciente, siendo conciente de que es conciente de algo y que ese ser conciente incluye el ser conciente de ser conciente de algo en el modo de la representación, simplemente se percibe siendo, que no puede darse de otro modo que en el modo de la conciencia, del saberse algo que es en el momento que es siéndolo.

Esto último es un *puro hecho*. *Es la percepción directa de la vida viviendo*.

La conciencia como registro es la conciencia pura, el mero atender de la conciencia a una sensación. Y al atender, la fija. Y la fija como representación que puede ser evocada para su cotejo con otras sensaciones.

Esa es la esfera propia de la conciencia, la del atender-a que es lo mismo que la conciencia-de.

En un caso se resalta al que atiende; en el otro, el objeto atendido.

Atender es tenderse-hacia y conciencia implica siempre el algo de que se es conciente.

La conciencia pura no es más que la abstracción del momento real conciencia-de, que ocurre a cada instante.

A través de la conciencia-de transcurre la vida, concretándose, generando realidad.

Ese transcurso puede darse en el modo natural donde la identificación es la regla: el que es conciente de algo no es conciente de que lo es. Simplemente está entregado a la acción sobre ese algo.

Pero ese ser conciente tiene su realimentación, que sedimenta en ese mecanismo de referencia que se da en llamar “yo”. Es una suerte de residuo que se va acumulando en la memoria con relación a las franjas de vivencias. De ahí que pueda uno vivirse como un ser continuo o fracturado, como si uno mismo fuera distintos yoes que cambian según las situaciones, las personas, los estímulos que recibe.

Esos residuos perceptuales de memoria configuran el trasfondo desde el que vivimos, la mirada que constituye los paisajes por los que transitamos cotidianamente, identificándolos, conociéndolos y reconociéndolos.

Todo esto se da sin que nos demos cuenta de que se da y cómo se da. Es el funcionamiento psíquico regular que sirve de sostén a la dinámica cambiante donde estamos insertos.

El mundo es una masa de estimulación en veloz transformación y uno mismo también. De ahí la necesidad de fijar y aquietar mediante nociones que permiten operar en el mundo. De otro modo, no seríamos más que las chispas de un fuego constante.

De modo que la realidad es producto del psiquismo que la constituye, no de la conciencia que la conoce.

El mundo estructurado por la memoria, en tanto representación de esa masa estimulante, global y particularizada al mismo tiempo, es un producto de la actividad imaginante del psiquismo humano. Y esa actividad imaginante, constitutiva de la realidad, es el medio ambiente de la conciencia.

Es “contra” los productos imaginarios -lo perceptual no es otra cosa que imagen- que la conciencia se desarrolla como tal, como noción de realidad, como conocimiento de lo percibido y representado.

Porque si no es representado el objeto no puede ser conocido y es ese ser representado la base del ser conocido.

El mecanismo de referencia del cuerpo al mundo es la conciencia primordial, para designarla de algún modo distintivo y diferenciarla de la conciencia como conocimiento y como darse cuenta-de. El fenómeno, el objeto que aparece en el campo perceptual, es ya una amalgama de sensación y memoria, y se entremezcla la noción con la presencia de ese algo que es el algo de la conciencia de algo.

Un algo que es conciencia pero más, es ese algo como percepción, como presencia diferenciada, conciencia en tanto percibida como ella misma, como presencia de yo, de eso que está aquí.

En acción, la conciencia se desdibuja como tal, asumiendo las formas que la memoria aporta en el reconocimiento del estímulo y estructura, formaliza o configura ese algo como el algo que conocemos (o no, en cuyo caso aportará los parecidos con otros objetos conocidos).

En el ida y vuelta del correr de las vivencias, la noción del objeto se irá diferenciando en la experiencia y el que vive, también. El centro o polo de referencia, aquéllo respecto de lo cual son medidas las distancias y los tiempos, se va diferenciando *en la representación*, como noción de las cosas y de sí misma. Pero todavía, esas consideraciones habitan la esfera de lo espontáneo en la que el “yo” no es más que una aparición fugaz o mera referencia espacial, confundido con el cuerpo.

La formación del yo como centro de referencia constante implica su aparición en la pantalla como término relacional de las situaciones que se vive. Algo así como un dibujar en el pizarrón qué cosa imagino que es la clásica imagen del sujeto-objeto o su versión reducida, la estructura acto-objeto. Pero yo, soy otra cosa. Vestirme con esa noción que puedo ver en el pizarrón implica una torsión básica y radical, la que está implicada en una frase capital del pensamiento occidental, que sigue necesariamente al “cogito, ergo sum” cartesiano: “ce moi, c’est à dire l’ame”. Tan sólo querer traducir al castellano esa frase exige una retorsión semántica porque ¿qué es ese moi? ¿yo? ¿a mí? ¿mi mismo? Indica al yo convertido en objeto, como término o polo opuesto del mirar. Es la mirada vuelta sobre mí como yo, como eso que vive y registra. Un término que no tiene traducción precisa en otros idiomas.

Es que es la objetivación del término de referencia de una actividad que no es el “pensar” como noción habitual sino del *cogitare*, que es más un moverse-con que la mera actividad intelectual a que aquél hace referencia.

Es la referencia a o el intento de denominación del alma como eso que vive en mí, como centro de la *erlebnis* husserliana, de la vivencia en el sentido más espontáneo, fuera de toda consideración metódica.

Es el alma lo que se agita en mí con el mundo. Y ese agitarse con algo soy yo. De modo que esa agitación es referencia al mundo y como tal, como mirada, soy yo el que mira, el que está en este otro polo, en la otra punta de la relación. Eso no permite verme y menos pensarme desde afuera, como en el pizarrón.

Todas las determinaciones que pueda haberme atribuído en ese pensar objetual bidimensional desaparecen en el acto de investirme, de asumirme yo como viviente. Entro en el paisaje con la perspectiva que corresponde y todo muda, aún cuando quepa en los mismos nombres.

Por eso, no soy yo el que vive en mí, sino mi mirada.

A mí no puedo verme por más que me busque. Pero sí puedo estudiar mi mirada, ésa que determina mis variaciones. “Mis” yoes.

Parque La Reja, 09/08/19 – Buenos Aires, 05/09/19